

**A NOVELA
CORTA**

NOCHE

POR

André Sauer

NUMERO
HOMENAJE

10 cts.





Semblanza literaria

ALEJANDRO SAWA

por

CRISTOBAL DE CASTRO

Quince años ha era el Café Madrid una especie de Parnasillo. Recién llegados de provincias, asistíamos, deslumbrados y humildes, desde la vecindad de una mesa, a las interesantes disputas que, en alta voz, sostenían Jacinto Benavente, Valle Inclán, Ramiro de Maeztu y Pío Baroja.

Muchas tardes aparecía la silueta robusta, digna y romántica, de Alejandro Sawa. Venía con su pipa y su perro. Tomaba asiento con solemnidad. Y, requerido por alguno, contaba indefectiblemente, señalando su hermosa frente de poeta, que allí había besado Verlaine. Entonces, un escalofrío literario nos sacudía, y sentíamos profunda admiración por aquel hombre que, en plena juventud, había logrado la ilustre intimidad del autor de *Fiestas galantes*.

Años después, Alejandro Sawa, enfermo, casi ciego y casi olvidado, vagaba dignamente por los cafés con una altanería heroica. Su hermosa indiferencia por las más bajas realidades le impulsaba a una lamentable vida de pobreza estoica. Incapaz de adular y aun de sonreír a los políticos, fiero y público denostador de los editores, admirable desdeñador de las intrigas periodísticas, pasaba, con su pipa y su perro, como una sombra, trágicamente pintoresca. Había conjurado a la Fama con su primer libro *Un crimen legal*, y, olvidados, por mustios, sus laureles, no le quedaba ya más blason que la huella invisible de aquel beso de Paul Verlaine.

La muerte vino a liberarle de tan triste vida. Y una tarde, seguido de pocos fieles, descendió al sepulcro, dejando en su obra póstuma, *Iluminaciones en la sombra*, el eco perdurable de tanta y tan injusta afrenta.

Por su romanticismo hidalgo, por sus desventuras, por la genialidad de su espíritu selecto, Alejandro Sawa merece una buena memoria de las letras contemporáneas. Al dedicarle este homenaje, sentimos la satisfacción del deber cumplido.

LA NOCHE

NOVELA

POR

Alejandro Sawa

LIBRO PRIMERO

I

Se casaron por ley de la costumbre; algo influidos también por la afición que mutuamente se inspiraban. Ella, Dolores, o Lola, como más familiarmente le llamaba su marido, tenía veintiocho años; y él, Paco para su mujer, don Francisco para el resto de la humanidad, treinta y seis. Se trataba, pues, de una pareja enteramente formada, fuerte con la posesión de energías que supone el completo desarrollo físico. Los dos eran naturales de Avila; allí se habían conocido y se habían estimado. Llegaron al matrimonio a pequeñas jornadas, andando a pasos menuditos y parándose a cada instante, como para considerar el camino recorrido. Tocaba a muy poco, a cuarta de niño chiquitín cuando más, porque tardaron diez años en casarse. Bien es verdad que la familia de los novios consideraba que el matrimonio es cosa demasiado seria para aceptar improvisaciones en su composición. Se conocían, pues, y bien a fondo. Al tomarse los dichos, firmaron un contrato: el *acepto* de una letra de cambio girada por un comerciante a otro.

El reparaba que a su edad casi todos los hombres están casados, y se decía interiormente que su padre se había casado también, y el padre de su padre, y el abuelo... ¡ah, sí; toda la humanidad se había casado!—y luego, que el matrimonio preserva de los peligros de la mancebía pública y del bregar insufrible con las patronas de huéspedes—; un amago posible, porque los padres de uno no van a ser eternos...

Tenía el cuello poderoso, la cabeza pequeña, con tendencias a la figura cómica, los ojos grandes y saltones, muy expresivos de la brutalidad y la glotonería; era grande y fuerte, con algo de toro en su conjunto, si hemos de creer a los que buscan y hallan semejanzas entre la bestia y el hombre.

Su padre no había sido así, tan grande y tan fuerte. Fué, por el contrario, un hombrecillo flacucho y pálido, cuya vida se había arrugado sobre los bancos de las sacristías y las antesalas de los juzgados en un ejercicio sistemático de todos los momentos, que no variaba nunca. Ayudante de curial desde las nueve de la mañana hasta las tres de la tarde, y devoto ardiente de todos los santos del calendario el resto del día y de la noche. Educó a su prole en el respeto más estricto a la moral cristiana y en el odio más implacable a estos tiempos de relativa cultura en que vivimos. Tuvo ocho hijos, y a la edad de veinte años, todavía ignoraba Paco, el primogénito, lo que era una mujer. Sin embargo, sabía de memoria páginas enteras de las obras de Teresa de Jesús y del *Anco- ra para salvarnos*, en cuyas hojas amarillentas y pringosas le habían enseñado a que le fueran igualmente repulsivos todos los libros que en el transcurso de la vida notara al alcance de la vista.

La madre de don Francisco era también, como el padre, insignificante y pequeña. Rubiaca, anémica, casi sin sexo; un repugnante esputo de humanidad. Y aunque de la suma de dos negaciones sólo resulta una negación mayor, del acoplamiento de aquellas dos debilidades surgió un varón sano y robusto, el don Francisco de nuestra historia, que si de niño era comparado por o robusto con una ternera, de hombre mereció que lo compararan con un toro. Todos los demás hijos fueron sucumbiendo, unos detrás de otros, de miseria orgánica, devorados por la escrófula, arrastrados al hoyo por la raquitis. El constante entrar y salir de la muerte en aquella casa concluyó por determinar que se la tratara sin cumplidos, como debe ocurrirles a los sepultureros. Hubo lágrimas para la primera baja, para el primer hijo que moría, gemidos para el segundo, resignación cristiana para el tercero, y completa indiferencia para los restantes.

* * *

No heredó Paco de sus padres lo externo, pero sí lo interno, el aparato moral. Hipocresía, egoísmo, cerrazón de horizontes intelectuales, divorcio inconsciente con la naturaleza física, y fanatismos de devoción por los poderosos y los santos. 2 mas 2 = 4. Un ministro, un banquero o un capitán general del ejército, igual a un santo del calendario. El éxito, la victoria obtenida a cualquier precio (teniendo siempre cuidado de salvar las apariencias) *suprema ratio* de la vida.

El padre de don Francisco tenía horror a la cultura, a la que echaba la culpa de todas las fatalidades de la vida, y se obstinó en no darle ningún género de educación intelectual a su hijo.

En concepto de aquel sacristán platónico, con saber leer y escribir y las *cuatro reglas*, ya estaba un hombre apto para sostenérselas tiesas con todo el mundo.

Don Francisco, que entonces era Paco sencillamente, se *curializó*.

Fué, al igual que su progenitor, ayudante de curial desde las nueve de la mañana hasta las tres de la tarde, y devoto ardiente de todas las celebridades del *Santoral cristiano* el resto del tiempo.

Vivió así, en el automatismo de una vida sin otros incidentes que los de un orden puramente animal, un año y otro y otro, hasta los treinta y seis de su edad, en que el ejemplo de lo que hace casi todo el género humano le hizo fijarse en una vecina suya, hija de familia también como él, y tan pazguata, que siendo natural de Avila y no habiendo salido nunca de aquel recinto cerrado, sólo era conocida por los concurrentes los domingos a las iglesias.

Estaba todavía contenida en las fronteras de la juventud, tenía veintiocho años, era flacucha, rubiaca, con los ojos de mirada blanda, mirando siempre hacia el suelo, compungidos de beatitud y con todas las apariencias de carecer de sangre en las venas. Luego, lo interno completaba lo externo. Era testaruda, fanática y asustadiza. Carecía de carácter, y menos en sus obstinaciones, su voluntad era siempre feudataria de otra voluntad cualquiera.

No había tenido nunca novio. No lo había deseado tampoco. Sin embargo, lo aguardaba, sin que ella misma se diera cuenta de por qué ni para qué.

Fué su novia diez años, su esposa después, y su esclava siempre, abrasada de admiración por aquella animalidad tan poderosa y tan mansa.

* * *

Con el matrimonio se operó una nueva transformación en doña Dolores. Ella, que antes de casarse apenas si estaba dotada de personalidad, hizo dimisión de la poca que tenía la tarde misma en que al salir de la iglesia tomó posesión de su nueva casa.

Se redujo a vivir con lo más indispensable de los llamados dones racionales para tener el derecho de no andar a cuatro patas y conservar la apariencia humana.

No hubo en la casa otra voluntad que la de don Francisco. No hubo tam-

poco, moralmente hablando, otra personalidad que la suya. El mandaba, él pensaba, él sentía, él gozaba por los dos: por ella y por él. Doña Dolores había aceptado su papel de autómatas con fruición, con agradecimiento, porque eso le evitaba el suplicio de querer, y a ella se le manifestaba siempre la voluntad como una dolencia.

Como su padre, y como todos los animales inferiores, no fué parco en reproducirse. Cinco veces en diez años. Es de advertir que aquella mujercilla flacucha y pálida, casi sin sexo, que era su esposa, criaba a sus pechos todos los chiquillos que soltaba al mundo.

Al llegar al quinto hijo se paró. No quiso seguir más adelante. ¿A dónde iba a llegar aquéllo? Y en una conferencia muy solemne, de más de media hora, que celebraron ambos, quedó convenido en que tener tantos hijos era un motivo de escándalo para la castidad que deben proponerse los esposos, y además, que los hijos son caros, y que ellos no tenían dinero que tirar por la ventana.

El primer hijo fué una hembra, a la que bautizaron con el nombre de Dolores, sin más razón que la de que ese era el nombre de la madre; el segundo, que fué también hembra, y se llamó Francisca en honor del padre, dos años después del prime parto; el tercero... ¡ah! si, ya ese fué varón, Paco, en honor también del padre, como los restantes y como los siguientes, con dos años de diferencia; luego a Nazario, que debía su nombre a haber nacido el 12 de Junio, día de San Nazario; y, por último, a Evaristo, el menor de todos, que lo había echado al mundo un día 14 de Octubre, en cuyo día la Iglesia celebraba la festividad de San Evaristo. Cinco partos, todos normales, equidistantes unos de otros dos años justos y cabales. Diez años de vida marital activa, y apenas retiraba el pecho a un crío, ya estaba el otro reclamando sus derechos a la vida desde el vientre de la madre.

Lola, la hija mayor, prometía desde muy chiquita llegar a ser con el tiempo lo que se llama una mujer hermosa. Era grande, como su padre, y estaba además dotada de un temperamento predominantemente sanguíneo.

Don Francisco, deseando alargar un tanto los horizontes limitadores de su existencia, que comenzaba a hacersele difícil por la poquedad de sus medios de vida y el aumento considerable de su familia, aceptó un puesto de 10.000 reales que le habían ofrecido en la Dirección de los ferrocarriles del Norte, y se trasladó con los suyos a Madrid.

La instalación, pues, de aquella familia tan numerosa como una tribu, fué inmediata y completa, a dos pasos del Paseo de San Vicente, en la calle de Moya, un bonito piso tercero con dos balcones a la calle y agua en el patio, cedido en arrendamiento por la bicoca de siete duros mensuales.

Tenían dieciseis, catorce y doce años de edad respectivamente. Paco, Nazario y Evaristo, los tres hijos varones de cuya existencia se preocupaba don Francisco cuando se sentía viejo.

Paco parecía por su complexión y por su insignificancia, producido exclusivamente por su madre, sin el concurso de varón alguno. Rubio como ella, tenía los mismos ojos azules de mirar abatido, y la misma cara de convaleciente recién sacado del lecho. Como su madre carecía en absoluto de voluntad y de glóbulos rojos en la sangre. Tenía una gran memoria, claro está que desarrollada a expensas de las otras condiciones de la inteligencia, como un tumor de mal carácter que crece también briosamente a costa del pobre cuerpo que lo mantiene. Por vanagloria se comprometió a aprenderse el *Almanaque del Zaragozano* en diez días y a los ocho, ya lo repetía de pe a pa como un fonógrafo en ejercicio. Esta última prueba decidió al padre, y aprovechándose del ofrecimiento que hacia tiempo le tenía formulado don Gregorio, de costearle la educación eclesiástica a Paquito; lo llevó al Seminario de Alcalá,

dejándolo inscripto como alumno interno y matriculado al primer grupo de asignaturas que se exigen para obtener el título de bachiller,

¡No lo podía remediar! ¡Quería más a Paquito que a todos los demás hijos! Y por un contrasentido muy frecuente en las familias, doña Dolores era a Paquito a quien menos quería; ¡a Paquito, más hijo suyo que todos los otros reunidos y sumados!

Nazario no era así; ése, como Lola y como Paca, salía más al padre. Por su robustez y por su corpulencia parecía un baturro de las montañas; tenía catorce años y apenas sabía leer, lleno de horror hacia la letra escrita. Era moreno, tenía grandes ojos garzos, de mirar poderoso, saltones como los del padre, al nivel de la cara, el óvalo facial ensanchado por los maxilares, la boca grande armada de una blanquísima dentadura que resultaba terrible como la de un dogo.

Evaristo solo tenía doce años, y completamente niño por el desarrollo y por el genio, carecía en realidad de una verdadera característica que lo diferenciara de sus hermanos. Se pasaba la vida castigado, a pretexto de sus travesuras. Sus travesuras consistían generalmente en reír a carcajadas, burlarse de la gravedad de sus hermanos, hacer tal cual vez rabiár o Lola o a Paca, y preferir siempre y en todas ocasiones la carrera al paso reposado. Era bonito y parecía inteligente.

Don Francisco iba puntualmente a la oficina y a su iglesia todos los días, sin exceptuar otro que el de la festividad religiosa de su santo y la de su mujer; por las noches a un cafetucho de las inmediaciones. Doña Dolores, a misa por las mañanas y a oraciones por la tarde, regresando invariablemente, ya anochecido, en compañía de su esposo. No sabía siquiera como era Madrid.

Una vez, cediendo a instancias de su Gregorio, se aventuró a llegar hasta la Puerta del Sol, y luego de una enfurecida que no necesitaba llegar al centro de Madrid a costa de sendos dolores de cabeza; que a ella, con su casa y su devoción le bastaban, y otra porción de pensamientos por el estilo.

En cuanto a los hijos... ¡ah, esos sí que no salían a la calle para nada!

III

Cedió don Francisco, pero no sin combate. Le atacaban a la vez por dos sitios diferentes, y aunque era fuerte, no era hombre para tanto. El jefe de su negociado en la dirección (don José Gutierrez de la Marmara, 6.000 pesetas de sueldo y treinta y cuatro años de antigüedad) era quien con mayor obstinación atacaba. No se había quitado todavía don Francisco el sombrero, al entrar en la oficina, cuando escuchaba invariablemente esta pregunta de su jefe:—¿Cuándo va usted a llevar a sus niñas a casa?—No se había aún llevado la primera cucharada de sopa a los labios, cuando le acometía análoga pregunta, formulada por cualquiera de sus dos hijas, generalmente por Lola, mayor en edad y en arrojo que la pazguata de su hermana:—Papá, ¿cuándo nos va usted a llevar a casa de don José?—Era una conjuración perfectamente tramada, contra la cual no había forma humana de batirse.

Y así pasaban los días, y las semanas y los meses en una constante invitación del jefe y en un eterno disculparse del subalterno, sin que Lola ni Paca llegaran a la posesión del gran pedazo de gloria que para ellas significaba eso de asistir a una tertulia y de Madrid nada menos, en la cual habría ¡quién sabe! hasta piano, ¡como quien no dice nada!

Don Francisco resistía sin desfallecer...—¡Esos pijoteros nervios de la chical! ¡Córcholis con las cosas raras que le dan a las mujeres!—Y como consecuencia de las dos premisas asentadas... «el domingo será; de este domingo yo pasa»...

El jefe del negociado no volvió a cuestionarle a este respecto. Se tornó se-

rio, llegó a regatearle intensidad en el saludo, y a responder con un leve movimiento de cabeza al expansivo «buenos días tengan ustedes, señores» con que el subalterno hacía diariamente su entrada en el despacho.

Entonces fué cuando se rindió. ¡Dios mío! ¡Qué gran violencia! ¡Ser uno, ano mismo! ¡oficio innoble de verdugo! el que lance a sus propios hijos, cogiéndolos por la cintura, a la fuerza, ¡ay, allá va eso! ser uno mismo el condenado a lanzar a sus propios hijos a merced de esas corrientes sociales que lo arrasan todo como las inundaciones; ¡que arrasan principalmente a la juventud!

Cedió don Francisco. Y un sábado, después de la cena, avisó a sus hijas que al día siguiente las llevaría a casa de don José, a la tertulia de los señores de Gutiérrez, como más enfáticamente, por instinto, la mentaban las desventuradas hijas del beato. Anunció la nueva apretando los dientes, a la desesperada, dejando apenas que las palabras salieran de los labios con articulaciones de vida. La susurró mejor que la dijo. La susurró como podría haberlo hecho un hombre casi asfixiado por un ataque de disnea. Ahogándose.

Vivían los señores de Gutiérrez de la Mármara en un piso segundo de la calle de la Manzana, que sobre otras ventajas, tenía la de su proximidad al inmediato mercado de los Mostenses, y la de no estar muy desviada de las oficinas del ferrocarril del Norte, campo de operaciones y comedero también del jefe de don Francisco.

La pasión de la esposa del jefe del negociado, era a su monomanía de concertar enlaces y noviazgos, de fundir uniones entre los concurrentes a su casa los domingos; era como un vicio de casamentería que en muchas ocasiones llegó a afectar los extremos de una verdadera locura.

Cuando llegó don Francisco con sus dos hijas, eran ya más de las nueve y media de la noche. La reunión estaba en todo su auge. Semejantes por el instinto a todas las demás mujeres, un tanto confusas y sin darse cuenta de lo que hacían recompusieron sus tocados con ambas manos durante el trayecto de la escalera. Luego al tocar don Francisco la campanilla de la puerta, hubo dentro del pecho de las niñas la angustia dolorosa de animales tímidos que se ven forzados a dar la cara a un peligro y hasta a batirse con él si llega el caso.

Instantes después hacían su entrada en el salón de la tertulia, delante don Francisco, y detrás las dos niñas, más muertas que vivas, deslumbradas, inconscientes de cuanto ocurría a su alrededor.

Quedóse el beato en un extremo del salón, departiendo gravemente con su jefe y hasta con tres señoras más que por razón de gerarquía y de años formaban una tertulia aparte dentro de aquella otra tertulia y ya iban a incorporarse a su padre las dos niñas, abandonadas en medio de la sala, cuando les vino en auxilio la señora de la casa, sonriente y ufana, con todas las apariencias de pretender, nada menos que pasar como símbolo de la victoria.

—¡Ah, y cómo se hace siempre rogar lo bueno. ¡Todo este invierno que hemos estado aguardándolas.

Se escusaron con el gesto, impotentes de la palabra.

—¡Pues poco ricamente que se pasan aquí, en paz y en gracia de Dios, las noches que nos reunimos! ¡Y ya les habrá dicho papá que acostumbramos a reunirnos todos los domingos... Es decir, algunas veces acostumbramos a reunirnos también los jueves. Pero eso no siempre. Generalmente es el jueves primero de cada mes.

Y de pronto, cogiéndose como una reina loca del brazo de sus dos nuevas amigas, y conduciéndolas a un viejo sofá de reps que llenaba uno de los ángulos de la pieza...

—Congrat, vamos a ver, ¿cuál de ustedes dos es mi tocaya, se llama Lola? Me lo tenía dicho Gutiérrez...

—¡Oh, yo, señora!...—con verdadera timidez como quien confiesa una falta.

—Bueno, pues Lola y Paca, ¿no es así; Paquita? Es preciso que las cosas que les vienen a ustedes pasando concluyan para no volver a ocurrir nunca. Me ha hablado de ellas Gutiérrez... Que viven ustedes como en un convento, que no tienen visitas, que no salen a la calle sino para oír misa, que no van a la sociedad ni a los teatros. ¡Qué caramba! Dos pollas tan reguapas como ustedes, no es posible que hayan nacido para vestir imágenes, y nada más que para eso. Yo les prometo convencer a papá... entre Gutiérrez y yo, cada uno por un lado, convencer a papá.

La frase sincera, directamente salida de su propio manantial, el corazón, estuvo en los labios de Lola antes que en los de Paca; salió vibrando.

—¡Oh, gracias, señora, otra vez gracias; no sabe cuánto le deberemos mi hermana y yo; vivimos muy tristes...

—Bueno; pues todo eso yo me prometo que ha de concluir y desde esta misma noche.

—Vamos a ver—besó a Lola en una de las mejillas—. Vamos a ver, niña. ¿tú nunca has tenido novio?

No es lo mismo ruborizarse hasta el rojo cereza que responder. Lola se ruborizó solamente.

—Pues eso también corre de mi cuenta; lo tendrás; fíjate bien en todos los de la sala; pues ese: el más guapo.

Ocurría esto que vengo refiriendo, y don Francisco, desde el extremo de la sala en que formaba su tertulia, no quitaba ojo de sus hijas, temeroso de lo que pudiera estarles contando la mujer del jefe de negociado.—¡Demontre de chicas, y qué pronto han hecho migas con doña Dolores! ¡Las muy tunantas! que no parecían capaces de romper un plato!

—De modo que no quiero que nos separemos esta noche sin que hayamos encontrado solución al rompe-cabezas... ¿dónde está el novio? Y ahora, puesto que estamos en todo conformes, os voy a presentar a algunas de mis amigas, a algunos pollos también... un momento, voy a saludar a la señora del tercero... ¡ps! que es esa figura de cartón que acaba de entrar ahora.

Desapareció, y ellas quedaron plantadas en medio del salón como dos papanatas que no saben lo que tienen que hacerse con sus piernas. Vino en su ayuda un joven, un mozo bien garrido, grande, con largas patillas a la inglesa y quevedos con montura de oro sobre la nariz, bien trazado, más cerca de los cuarenta que de los treinta años, dirigiéndose a Lola con la expresión y la mirada.

—¿Sería usted tan amable, señorita, que me concediera el vals que van a bailar ahora?

Dijo esto con una voz hecha de entonaciones metálicas, voz de varón admirablemente timbrada.

La pobre niña no supo qué responderle. Pero como el hombre insistiera en su petición, Lola, sinceramente, con el candor de quien ignora todas las miserias de la vida.

—Pero es inútil. Yo no puedo complacerle a usted, y lo siento. No sé bailar; no me han enseñado.

Aquel *galantísimo* no pudo reprimir la poderosa manifestación de sorpresa que desde el cerebro le había bajado a los labios.

—No baila usted, y yo, no quiero bailar tampoco, puesto que no puedo ser su caballero. Pero a falta de una merced, aun a riesgo de parecerle exigente, voy a pedirle a usted otra: la satisfacción y el cumplimiento de un favor nuevo—. Y bajando la voz, aproximando un tanto su cabeza a la de la joven para hacer más intenso el ruego—. ¿Me permite usted que sea su acompañante mientras que los demás bailan?

Ella susurró, sin darse cuenta de lo que su boca decía:

—Hace usted por mí el sacrificio de no bailar con quien le parezca... es usted tan amable... y siempre que mi papá no se incomode por eso...

Sentóse a su lado el caballero de las patillas. Y advertida doña Dolores de lo que pasaba, apartó del lado de su hermana a Paquita con el pretexto de enseñarle las otras habitaciones de la casa y luego presentarla a algunas amiguitas que deseaban conocerla. Don Francisco estaba en la habitación contigua, un gabinete, jugando a las cartas con el jefe de negociado y con los otros tres señores graves que formaban lo que, sin forzar mucho el concepto, podríamos llamar la tertulia de edad de los señores Gutiérrez.

El señor de las patillas, un señor Galán, soltero e inmensamente rico, al decir de doña Dolores, animado por la facilidad con que todos los elementos de obstrucción que pudieran oponerse a sus propósitos desaparecían como por encanto, insistió con su voz absolutamente conmovida, en la declaración amorosa que había comenzado a formularle a la joven.

—Me dice usted que no ha amado a nadie, y eso expedita el camino de mi declaración; yo tampoco. Yo he soñado siempre, y oígame bien que digo siempre, con una mujer tan exactamente parecida a usted misma; que de creer en brujerías, estoy por afirmar que era usted misma...—y eso que no me oívido, al explicarme de este modo, que usted es por su edad una niña, y nada más que eso, mientras que yo soy un hombre completamente hecho.

Lola le respondió que sí; que sí, con el concurso combinado de toda su naturaleza, sangre ardiente, nervios bien templados, entrañas femeninas volutas, conformadas para el amor.

A poco más de las doce quedó disuelta la tertulia.

III

Fué, como si estando todos juntos para comer o para rezar el rosario, entrara una bomba por la ventana y reventara allí, a presencia de toda la familia reunida.

La carta decía de este modo:

«Queridos padres:

«No sé lo que voy a deciros, porque estoy completamente loca. Cuando prometí marcharme no supe lo que me decía, y ahora que ya me he marchado, escapado, no sé tampoco lo que me digo.

«Pero en fin, que es cosa hecha: que dentro de una semana estaremos casados, y que ya entonces iré a pedirle a sus labios y a los de mamá, el perdón que desde estas líneas humildemente les imploro.

«Su desgraciada hija,

LOLA.»

Cayó de rodillas doña Dolores sobre el pavimento esterado de la sala; y con los brazos en cruz.

—¡Señor, Dios mío! ¡Señor, Dios mío!—en un estado de inconsciencia tan absoluto, que bien considerado no era otra cosa que esa locura parcial de que hablan los especialistas en sus *tratados de las enfermedades mentales*... La huelga casi absoluta del cerebro, declarado impotente para servir de dique a las impotentes marejadas de la desesperación y el luto.

Pero de pronto don Francisco habló, y la mujer dejó interrumpida su plegaria. Ya se sabe que en aquella casa no había otra voluntad, y hasta si se quiere otro metal de voz que el de don Francisco.

—Sin la protección divina de la Santa Virgen y del glorioso patriarca, yo no hubiera podido resistir que esa cochina de tu hija trata de ensuciar mis canas... y perderse ella también... condenada por siempre jamás amén, a los horrores de los profundos infiernos. Y cree que no lo siento por ella... ¿por ella? Así reventara en este mismo instante como yo, con perdón de Dios, le deseo... sinó por mí, por mí exclusivamente... porque se aparta de mi autori-

dad, y lucha contra ella. Pero esa tunanta, pero eso grandísima puerca... muy santa, sí, pero mientras no se le ofreció ocasión de pecar... hipócrita, hipócritona, como todos mis hijos... menos ese santo de Paquito que reza por todos nosotros desde el Seminario de Alcalá... ¡grandísima hereje!... Te maldigo una vez y cien veces; te maldigo, óyelo bien, con todas mis fuerzas.

Se había levantado de su asiento, y con el puño cerrado por el odio, semejante a una maza en actitud hermosa de combatiente, amenazaba a un punto cualquiera del espacio, allí donde en su arrebató ciego de bestia apaleada creyó al principio que pudiera estar su hija.

Entonces la mujer se creyó en el caso de gemir algunas palabras:

—No ha sido ella, no; convéncete de eso... ha sido Satanás que la ha tentado.

Tuvo don Francisco la palabra sublime de realidad en los labios, y la soltó; le dijo:

—Vamos a ver, grandísima lonta, y entonces, ¿por qué Satanás no me tienta a mí lo mismo? ¿y por qué no tienta a tu hija Paca y a tí misma, y a todos nosotros, que también somos de carne y hueso como esa perdida? ¿Es que te atreves todavía a defenderla?

Batió con ambos puños, cerrados, exactamente igual que un loco, las paredes de la sala como intentando derribarlas.

—Oye, Pacó: ¿no te parece que deberíamos llamar a don Gregorio?

—Sí; ya se me había ocurrido a mí antes—; a él se le ocurrían siempre las cosas antes que a todo el mundo—, que lo manden llamar enseguida. Ve tú misma. De aquí en adelante no quiero que mis hijos pisen el empedrado de la calle para nada. Los domingos nada más, y para eso siempre con nosotros.

Callaban los niños, callaba Paquita también, más asustados de al acre desoperación del padre, que del hecho inusitado de la hermana.

IV

—¿Y la niña? ¿Ha vuelto ya? ¿Se la ha traído usted consigo?

Hízole la negativa impresión penosísima.

—Pero, ¿no ha querido venir? ¿Ha preferido quedarse con ese hombre?

Intervino don Francisco para lanzar desde la altura de su Sinaí una nueva sentencia.

—Los hijos, cuando son malos, son malos. Y esa hija tuya es una perra... conqué saca las consecuencias.

—Se ha burlado de nosotros, señora—, añadió beatíficamente don Gregorio—; ha estado jugando con usted y con este santo señor—, indicó con una ligera inclinación de cabeza a don Francisco.

V

Había vuelto el mal tiempo, los días frigidísimos del mes de Diciembre. Se manifestaba el cielo como una injuria permanente contra la humanidad.

La circulación por las calles ofreciendo molestias y aun peligros, se había restringido considerablemente, y solo algún que otro miserable o algún perro vagabundo, eran los osados a salir de sus casas, deslizándose en toda la extensión de las aceras.

Por fin a las siete de la mañana, contra la prescripción formal de los cafendarios, que señalaban para una hora antes la aparición del sol en el horizonte, se hizo la luz diurna por completo.

Cuando se determinó por fin Lola a llamar en la casa... ¡oh la desdichada! flaba diente con diente; iba pingando; llevaba las ropas pegadas al cuerpo de puro mojadas; inspiraba el modismo popular de «ir hecha una sopa.»

Quería, abandonada como estaba, ultrajada en su dignidad y en su sexo, herida en un costado por la puñalada innoble de un canalla, quería solicitarle a la religión bálsamo para la llaga, y perdón para la culpa; morir en gracia le Dios; prevenirse contra la probabilidad de que le impusieran una doble condena: la que estaba sufriendo en la tierra, y la que le tocaba que sufrir en los infiernos.

Había echado a andar a la ventura, y no sabía ni a dónde iba ni dónde se encontraba—. ¿Qué hacer? Acudió a lo que en ella quedaba de inteligencia, como una idea de amor, el recuerdo de su nido, de su dulce hogar, ¡ay, en mal hora abandonado! y armándose de nuevas energías prosiguió en su marcha nómada y desesperada, preguntando a la primera sombra con que sus ojos toparan por la calle de Moya, y al encontrarse de pronto inopinadamente ante la vivienda de sus padres, se horrorizó, quedó horrorizada del bárbaro cinismo que había gastado en llegar hasta el portal de aquella casa. ¡La entrada del santuario!

Y volvió a desandar lo andado, muerta de vergüenza, con los brazos caídos y la cabeza inclinada sobre el pecho, salpicada de fango, manchada de fango hasta en la misma raíz de los pelos, semejante a un perro leproso que huye de los sitios habitados sin pararse siquiera a hociquear en los montones de la calle por miedo a que los hombres, al reparar en él, se burlen de su lepra y de su miseria.

Con el último aliento de su voluntad llamó a la muerte. Y al caer desplomada sobre el suelo, bendijo a Dios, porque creyó que, puesto que moría, era que Dios la perdonaba. ¡Dios con su infinita misericordia!

Cuando salió del hospital y se vió en medio del arroyo, notó en su sangre, notó en todas sus entrañas, que no había ya salvación posible para su alma ni para su cuerpo; que estaba hundida para siempre; que lo había perdido todo, honor, hogar, afectos, familia; que no tenía derecho ni aun a las atenuaciones de pena que la ley humana concede a los más empedernidos criminales; y que puesto que su padre se había negado a recibirla, era que la sociedad también la rechazaba, y que para sostener su vida tendría que ir a mendigar la limosna de los caminos, alargando la mano, ofreciendo su cuerpo de colchón a los vagabundos.

Se sintió perversa. Luego, en esta procesión lúgubre de infames y de bellacos, desfiló ante los ojos de su memoria el recuerdo, la imagen con relieve, coloreada y movida, de Galán, del ratero de virginidades y honras, que se aficionó a ella y se pegó a ella para perderla. Notó entonces por sí misma, al evocar ese recuerdo de Galán, que las malas pasiones circulan por el cuerpo por cauces infinitos, exactamente igual que la linfa o que la sangre, y que la caída del pelo y el crecimiento de las uñas, y muchas otras pequeñeces de la vida quizá puedan en parte ser originadas por la calidad y la cantidad de las ideas que se lleven en la cabeza. Otra vez se sintió perversa.

Y respondió a la galantería banal con que la requebraba un hombre de la calle, cogiéndose de su brazo y convidándolo a la celebración de amores raros y desconocidos.

LIBRO SEGUNDO

I

Se mataba a coser en la máquina para obtener, después de catorce y dieciséis horas de trabajo, un jornal insuficiente, que no bastaba, ni con mucho, a la atención de las necesidades de su casa.

Lola, muerta o desaparecida por completo, el caso es igual; Nazario, empleado como dependiente en una sastrería de la calle de Toledo, y Paquito, terminando sus estudios sacerdotales en la Misión de jesuitas de Chamberí, parece como que esa considerable disminución de la familia había de permitirle una vida más fácil, mayor expansión y hasta un poco de más decencia en la, costumbres ruíniariamente animales que hasta entonces habían observado. Pero nada de eso. Cesante don Francisco de su destino en el ferrocarril del Norte desde hacía cuatro años, por *exceso de celo en el trabajo*, según acertó el Consejo de Administración a explicarle al desventurado; cargando sobre sus espaldas a todas horas, menos cuando se tendía para descansar, el peso de sesenta y siete años de vida, pero abrumador que lo hacía impotente para

todo ejercicio y hasta para toda aspiración de trabajo; enferma doña Dolores de las vejaciones sufridas en sus tristes años de matrimonio y del insólito derrumbamiento de su casa; enferma también Lola, por más que ella tratara de ocultarlo, aquella casa parecía como herida por los inexorables rencores de una divinidad muy fuerte, y a su presencia surgía el recuerdo del viejo hogar romano sellado por la cólera de Júpiter, y de cuyos fríos aposentos, penates y lares habían huido sin dejar otra cosa en los sitios calentados antes por su influencia, que maldiciones y ayes.

Dios había fruncido el entrecejo. Habíase llegado a respirar mal en aquella casa. Entraban a todas horas, por sus ventanas cerradas, vientos de desesperación que, al quedar aprisionados en el hogar del beato, tornábanse en esas brisas venenosas que se respiran alrededor de las aguas encharcadas y que producen en todos los casos, o la calentura, o la muerte.

¡Dios mío! ¡La monotonía de la miseria! ¡Y Paca muriéndose a pedazos ante una máquina de coser, y cantando mientras que lloraba, arrasados de lágrimas los ojos; y cantando para que sus padres la creyeran completamente viva! Pero llegó un momento en que seguir cantando le fué imposible. Una tos seca y desgarradora que le ocupaba todas las actividades de los órganos respiratorios, le prohibió la sublime farsa de salud que venia la pobre niña representando. Y entonces quedó reducida a toser mientras que trabajaba.

Nada de balcones, nada de vida exterior, siquiera por medicina. La catástrofe de su hermana le había hecho cobrar horror inmenso al mundo, que se lo figuraba poblado de bandidos exclusivamente, cubierto de precipicios, y con una pareja de demonios en cada esquina de las calles. No se asomaba a los balcones ni aun para averiguar lo que pasaba cuando ocurría algún alboroto en la vecindad. Y por eso, viva y todo, su nombre podía figurar entre el de los fallecidos. Estaba muerta socialmente.—Realmente se iba a morir muy pronto.

Acometióle a Paquita la lucidez de inteligencia con la misma intensidad que por las tardes le acometía la fiebre. Comenzó a darse cuenta de todo lo que la rodeaba, de muchos puntos oscuros de su vida, de aparentes contradicciones que siempre la habían intrigado, de verdaderas monstruosidades, aceptadas por ella como cosas naturales, y cuya contemplación comenzaba a horrorizarla ahora desde su lecho de morir. Notó que había sido engañada, que vivir no era eso; que ella no había vivido, que había sido desde el instante de su nacimiento el prisionero de un egoísmo muy grande; que no tenía cosas que contar de la vida, porque no le había pasado nunca nada; que orar es muy santo, pero que salir a la calle a dar un paseito, como las demás mujeres, es muy justo; que después de esta vida hay otra de eternidad, y que puesto que en esa otra vida hay un Infierno, no veía la lógica de que el Infierno fuera doble; uno en la tierra, y otro, no más espantoso que el de aquí abajo, en la vida ultra-terrena.

II

Era Nazario, de todos sus hermanos, el que más pronto había hallado acomodo y plaza en las francachelas de la existencia. Y no es que la fortuna se hubiera entrado de rondón en su cuarto mientras que dormía, para lanzarlo a los esplendores de una vida asegurada y tranquila, como él deseaba, sino que la gracia de su temperamento le había proporcionado una más fácil adaptación en la batalla humana que los otros elementos de su familia. Poseía aquel mozalbete de veinticuatro años cuando es preciso para estar bien avenido con la limitada humanidad de que se forma parte: sistema dentario completo, en buen estado de conservación; estómago poderoso, bien abastecido de cuantos jugos gástricos son precisos para digerir piedras; aparato nervioso, casi nulo, sólo el suficiente para recoger y transmitir sensaciones; buena sangre y abundante, rica en glóbulos rojos. Y un enorme vacío moral en la cabeza.

Encajó perfectamente en la sociedad, porque estaba hecho para la vida, a pesar de todo y contra todo.

Don Francisco lo llamó un día, y le dijo:

—Mira: yo te destinaria de buena gana, como a Paquito, a la carrera eclesiástica; a tí y a Evaristo; pero tú tienes la cabeza un poco dura, y a mí hace ya tiempo que no me suenan los cuartos en el bolsillo.

—He buscado un empleo; te he buscado un empleo en consonancia con tus aficiones y tus gustos. Siempre has sido muy aficionado a quedarte con lo de todo el mundo, y ese es el gran arte de los comerciantes; te he buscado un empleo en un comercio. Tendrás, por lo pronto, casa, comida y ropa limpia, y 25 duros todos los años. ¿Qué te parece?

Nazario, en su primer arranque, brincó de contento. Luego le acometieron tentaciones de besar a su padre en las dos mejillas. Pero se contuvo, por si se incomodaba.

Y una hermosa mañana del mes de Octubre, luminosa, perfumada, digna de ser cantada por un gran poeta, Nazario entró en aquella fúnebre sastrería de la calle de Toledo, en cuya trastienda luce la luz artificial todas las horas del día, para que los dependientes de la casa puedan verse materialmente los dedos de la mano.

No fué penosa la transición de vida, a Nazario, a aquel bruto.

Un tesoro. Casa, comida y ropa limpia. Quinientos reales todos los años. La convicción de poder comer cuanto se le venga en antojo al estómago. La probabilidad de dormir en una cama con colchones. Luego, esa gran aventura de internarse por lo desconocido y de darle cara. El regateo con el marchante. El cambio completo de horizontes. La diferente combinación química del aire que se respira. Y otra vez, y ciento de veces, poder comer cuanto se le venga en antojo al estómago: dormir en una cama con colchones.--Eso. Un tesoro.

Los tres primeros días se pasaron en la obra de iniciación, que puede decirse, con que un hortera de sus compañeros, el más viejo y el más experimentado de todos, el amo de la tienda, le enseñaba el precio y la calidad de las mercancías, y con eso, las artes de que había de valerse para engañar en calidad y en precio a los desventurados que se aventuraran a penetrar en el únebre tenducho. En ocasiones, el ansia de vender le llevaba hasta la desesperación, hasta la furia; y entonces cogía violentamente por un brazo al primer paleta que pasara, lo obligaba a entrar, y no lo dejaba de su mano hasta que le hubiera comprado un traje, o cuando menos un chaleco de Bayona.

De cinco que eran, llegó a ser el hortera favorito del amo de la tienda, de aquel explotador de paños y tinieblas.

Lo aguardaba la fortuna, a cinco minutos de distancia. Y como a esa distancia se ven y hasta se huelen los objetos, Nazario se apercibió de ella. La fortuna era la mujer del amo de la tienda, Venancia. Una hermosa mujer, cuyas carnes se desbordaban de abundancia y de lujuria.

Estaba fuertemente enamorada del nuevo dependiente. Lo apetecía y se lo comía con los ojos. Se había fijado en él desde el primer momento, y solía decirse interiormente para su grasa y para su lascivia: «ese hombre es para mí; lo necesito. Mi marido es el hueso, y ese joven es la carne».

Rodando, rodando por una suavísima pendiente, llegaron al adulterio:

Eran aquellos amores, ásperos y fuertes, como si hubieran nacido y hubieran hallado desarrollo en el interior de un bosque, al olor de la resina y del tomillo, con un montón de hojarasca por lecho, y las copas de los árboles graciosamente entrelazadas por todo abrigo contra las injurias posibles del cielo. Amores de naturaleza, amores fecundos. Un pastor y una zagala, los dos jóvenes y sanos. Los amores de un pastor y de una zagala.

El domingo, desde las dos de la tarde, es día de asueto en todas las sastrerías de la calle de Toledo.

Y pretextándole Venancia a su marido la necesidad de ver a una mujer de su pueblo, a la que tenía precisión de hacerle unos encargos, y Nazario a sus compañeros la obligación de pasar la tarde en casa de sus padres, en la calle de Moya, obligación de que no se preocupaba nunca, pudieron por fin verse al aire libre. Y al verse por primera vez libres y solos, se lanzaron a la incontinenencia de fingirse marido y mujer, del brazo, paseando tranquilos por las calles de aquel barrio solitario que habían elegido como lugar de cita, más felices todavía que las muchachas de la clase media, cuando salen de la iglesia coronadas y vestidas de blanco por haber hecho la primera Comunión, la fecha más importante de esas almas cándidas, después de la del matrimonio, si llegan a casarse.

—¿No te parece que estaríamos mejor sentados? De pie yo no puedo hablar nada que me interese. Anda, y convidáme...

—¿Donde quieres que vayamos?

—Pues mira, a un cafetín cualquiera, donde me puedas convidar a licor de rosa, a leche merengada, y a cuantas cosas ricas crió Dios sobre la tierra. ¿Tienes dinero?

Nazario respondió con embarazo:

—Sí: dos pesetas.

Y Venancia, como holgándose de aquella penuria, nadando en plena felicidad:

—¡Oh, pobretín, pobretín mío! ¡Lo pobre que estás, rico mío! Pues toma, mira... sin que nadie lo vea, un duro. Y cuando se acabe ese, otro. Tómalo también.

Hacia estragos de alcoholismo la felicidad en su cerebro. Sacó un duro, luego otro, y se los metió a Nazario en el bolsillo del gabán. Nazario la dejó hacer sin darse gran cosa por entendido.

—¡Ea! Y ahora que eres rico, convidáme. Mira: yo tengo hace mucho tiempo un capricho. Quisiera comer en el café. Desde el día de mi boda, ya ves si hace tiempo, no se lo que es eso... ¿quieres, di, rico mío, mi maridito?

¡Oh, él quería siempre todo lo que a ella se le antojara! ¿Para qué vivía si no para complacerla y dejarla satisfecha de cuanto le gustara y él pudiera proporcionarle?...—solo, que ya ves: eso no tiene gracia, te convidó con tu dinero...

Pero no; porque ella era suya, de su Nazario, de su nene, y cuanto ella tenía era de él en el mundo. ¿Para qué quería ella el dinero, sino era para disfrutarlo con su maridito?

Entraron en un cafetín de la barriada aquélla.

Para todo el café no había sino dos camareros; y eso que el día aquel era domingo, y que semejantes días son siempre de consumo extraordinario.

Vestido correctamente de negro, la servilleta al hombro y el mandil ofendiendo la vista de puro limpio, exactamente igual que en los cafés del centro, el camarero acudió solícito a aquella pareja, preguntándoles lo que deseaban.

—¿Café?

Nazario se apresuró a contestar:

—No. ¿Qué hay de comer?

—Pues hay chuletas de cerdo y de vaca, ternera en salsa, beefsteak, entrecot, criadillas, merluza.

Venancia dijo:

—Tortilla de jamón, dos chuletas de cerdo y dos raciones de queso manchego; ¿no te parece?—El afirmó.—Y dulce después, de postre: cabello de ángel, si lo hay; si no, arroz con leche; y después, café.

Ya se iba el mozo a encargar el pedido a la cocina, cuando Venancia le hizo desandar lo andado con dos vigorosas palmadas, que en aquel silencio, en aquella espantosa soledad del establecimiento parecieron mejor dos cañonazos.

—Que se me olvidaba. Y dos botellas de vino, que sea bueno.

Quería, por lo visto, sumar la embriaguez del vino a la embriaguez del amor.

—¿Qué te parece, nene, lo que estamos haciendo?

La mujer, con todo el alborozo de un chiquillo cuando estrena zapatos nuevos, se creía estrenar a Nazario. Era la primera vez que salía con él a la calle.

Comieron. Comieron con apetito; sin dejar nada. Venancia se hizo servir una segunda porción de merluza, porque no quedaba satisfecha con una sola. No se bebieron todo el vino de las dos botellas, porque afortunadamente para ellos, no eran borrachos.

Y ya pasivos de la boca y de las manos, atiforrados de pitanza, contentos por consiguiente, concertaron su tema con esa misma tranquilidad de palabras con que ponen los comerciantes en orden sus asuntos.

Fué la mujer, como ordinariamente ocurre, la que tuvo el cinismo enérgico de comenzar.

—Vamos a ver: ¿tú me quieres?

—¡Tonta, lo que me preguntas!...

—¿Desearías tú que yo fuera soltera para casarte conmigo?

—¡Oh, con toda la sangre de mis venas!...

—¿Y por qué no viuda?

¡Ea! ¡Ya está propuesto el tema! Ahora, a aguzar los puñales, o a preparar el veneno.

—¿No te casarías tú conmigo porque yo fuera viuda?

—¡Oh, lo mismo! Ya sabes que no te puedo querer más de lo que te quiero...

—¿Y me querías más? ¿Y continuarías haciéndome feliz?

—Con más empeño, oye mis palabras, con más empeño todavía...

—¿Más que ahora?

—¡Más que ahora!

—Pues mira lo que te digo, nene, nene mío. Es preciso que nos desprendamos de ese hombre.

Ella lo dijo con completa tranquilidad. El se quedó horrorizado.

—¿Y cómo?

Dijo la mujer:

—¿Que cómo? Pues, ¡muriéndose!

Vivían en pleno drama. Y eran tan insensatos, que apenas lo advertían. No habían terminado el café, y lo saboreaban a sorbitos, a pequeñas cucharadas, insignificantes, y trágicos. Trágicos como la muerte.

Seguía hablando aquella mujer, que de todo tenía menos de furia...

Es que yo no puedo vivir sin ti: es que yo necesito verte a todas horas sin temor a nadie...

—Podríamos huir...—insinuó tímidamente Nazario.

Por esta vez se incomodó Venancia. No lo ocultó. Le respondió con ira:

—¿Huir? ¿Y cómo? ¿Y a dónde? ¿Y la policía? ¿Y el escándalo en todo el comercio de la calle de Toledo? ¿Y mi familia? ¿Y la familia de Norberto?

Norberto era el marido.

Y después de una pausa, casi-con júbilo:

—¡Pero qué bien se ve que eres un niño, y nada más que un niño, a pesar de tus fuerzas y de la formalidad con que me quieres! ¡Pero si huir es el recurso de las soltericas y de los tontos! Mira, lo sé: se cae siempre en el garlito. Y además, que todo el dinero lo tiene él guardado. Dime lo que sería de nosotros dos sin un ochavo en el bolsillo.

Como ocurría siempre, Nazario le dio la razón, aunque no se sintiera convencido, y eso que era terco el mozalbete. Pero estaba propuesto a que Venancia continuara prendada de él, por todos los medios posibles, y Nazario no era muy exigente en la elección de medios.

Quedó resuelto todo. El matrimonio, y la muerte. El matrimonio de ellos para de allí a nueve meses, y el asesinato del marido para de allí a quince días. Nazario, o rendido o apercebido completamente de la realidad, asintió a todo sin discutir. La muerte: bueno. Por medio de un tóxico que mate con más celeridad que una hoja de acero: bueno también. Y la viudez a plazo y por plazo fijo. Y seguir con la tienda. Y casarse luego. Bueno siempre.—¡Himeneo de criminales! ¡Enlace de fieras!

Ni ella temblaba formulando sus proposiciones, ni él tampoco aceptándolas. Se estrecharon la mano al separarse, como dos buenos camaradas que se despiden después de haberse mostrado conformes en la solución de todos los problemas de la vida, y aunque los periódicos de la noche no hablaron una palabra del asunto, es lo cierto que aquella tarde en Madrid se había cometido un asesinato espantoso. Un hombre que era un trabajador y un inofensivo, había sido asesinado por su mujer y por el amante de ésta.

Sin violencia; el corazón sereno, ^{**}normal el pulso, iluminada la cabeza con algo de la emoción estética que lleva el artista a su obra, hizo la mujer el asesinato del marido, en un todo de acuerdo con Nazario, luego de haber conjugado mucho, y con gran frialdad de raciocinio, el pro y el contra de cuanto pudiera ocurrirles. Una empresa funeraria se encargó, sin necesidad del apercebimiento directo de la viuda, de que el muerto fuera llevado al hoyo, dejando aparte toda clase de intervención del médico forense en el reconocimiento del cadáver, ¡y aquí sí que se cumplió la fatalísima ley humana de «en tres días muerto y olvidado!» Guardóse el luto, por no dar qué decir, una semana seguida; estuvo la tienda cerrada veinticuatro horas; media hoja de la puerta en manifestación de duelo, siete días; y al octavo ya no había ni dentro ni fuera del chiribitil lúgubre, de aquel cubil de fieras, nadie que no reconociera vagamente, y a guisa de consuelo para la desconsolada viuda, que si vivir es muy lógico, morir es más lógico todavía.

—Ha muerto como se mueren los ángeles—decía Venancia, mientras que se secaba los ojos con la punta del delantal—. No ha habido necesidad de llamar al médico siquiera. Ha sido bueno hasta para morirse. Se ha quedado dormido, y nada más. Andábamos todos en la casa de puntillas para no desperarlo, y el pobrecito de mi alma es que ya se había muerto. Ni el confesor alcanzó siquiera...

¡Qué iba a haber quien sospechara! ¿Por qué, y de quién?

Es muy discreto el laudano, y sabe siempre lo que se hace. Y además, el muerto había sido enterrado convenientemente, hasta con lujo, en coche de primera; la dependencia había colocado sobre el ataúd dos coronas: una que ella le dedicaba, y otra que era ofrenda conyugal de la viuda; y luego, doña Venancia estaba inconsolable, y decía a gritos que como su Norberto no había dos hombres en el mundo, y hablaba de matarse, y sólo dejaba de llorar cuando a fuerza de sufrir perdía el conocimiento y mostraba las pantorrillas y hasta los muslos a todos los que querían verlos.

Vivían bien, tranquilos y felices, aguardando el día en que pudieran mostrar el espectáculo de su felicidad a todo el mundo.

Ella dormía de un tirón sus ocho horas de sueño, reglamentarias, todas las noches, y a él se le había aumentado el apetito, y comenzaba a redondearse la panza. No fuera por la fatalidad de aquel trabajo suyo, tan monótono, y sería completamente feliz ¡él! que se sentía nacido para los ejercicios rudos, para cargar y descargar fardos en los muelles.

Cada día que pasaba le hacía sentir de un modo más intenso las miserias de su estado. ¡Dios mío, qué suplicio! Aquello no era trabajar, ni lo que él hacía vivir, ni valía tampoco la pena de que don Norberto se hubiera muerto (¡y ya sabía él cómo!), eso de que las cosas continuaran en el mismo ser y estado que en vida del difunto.

Venancia tampoco estaba muy bien avenida con que su segundo marido, aquel prometido trágico, se usara y se arrugara como un muñeco de cartón en el portal de la tienda o detrás del mostrador.

—Mira—, le dijo un día—. Ni tú ni yo hemos nacido para esto. Ni tú entiendo de sastrería, ni te gusta el oficio, ni ese es el camino. Un buen traspaso es siempre posible. En tiempo de mi Norberto, le ofrecieron, una vez que hablaba él de retirarse al campo, cinco mil duros por la tienda. Conque ya ves. Cinco mil, y cerca de diez mil que tenemos en el Monte...

—Yo te tenía que decir eso mismo—, respondió Nazario—, y no sabía por dónde empezar; porque sin saber por qué, me figuraba que tú no ibas a estar conforme, y hasta que te ibas a enfadar conmigo; mira si soy tonto. Pero hay negocios que dan mucho más dinero que el de vender. Traer pescado de Galicia para venderlo al por mayor en Madrid. Una lechería, el negocio de las vacas de leche. Una casa de huéspedes; ¡cualquier cosa deja más dinero que esto! Pero sobre todo un negocio. Uno, el único, el primero que te he dicho: dar dinero a préstamo. Te digo que más del ciento por ciento. Y luego, sin peligro, mediante garantías, muchas garantías, para tener siempre a qué agarrarnos...

—¡Oh, y con lo desconfiada que yo soy para soltar un cuarto!...

Pero la liquidación de un comercio, cuando no se quieren tirar los géneros por la ventana, es siempre asunto de mucho tiempo. El asunto del traspaso, tampoco era tan fácil como se creyeron al principio. Las proposiciones que habían recibido eran tan modestas, que la que más llegó a tres mil quinientos duros.

Aguardaron, poseídos de una terquedad furiosa y dispuestos a no traspasar la tienda en veinte años, si era preciso, con tal de no dejarse explotar, según decían, por los cazadores de gangas.

De allí a poco, no pudo seguir ocultando Venancia que estaba embarazada. Era el deseo más vehemente de don Norberto tener un hijo. ¡Y precisamente había venido a morir en vísperas de haber visto realizada esa aspiración suprema de su paternidad, sin llegar a conocer al *rorro*! Venancia no podía ocultar las lágrimas siempre que acudían esas ideas a sus labios.

Cuando nació el niño, ya era público que su madre sostenía relaciones serias, relaciones de matrimonio con Nazario. Nadie protestó, aventuró calumnias siquiera. Era natural que una mujer joven y fuerte no se condenara a una viudez perpétua. Pero fué objeto de grandes críticas la elección que había hecho de Nazario, por la diferencia considerable de edad que había entre ellos, ¡un mozalbete de veintidós a veinticuatro años, apencando con una mujer de cerca de cuarenta!

Y predijeron mal del porvenir que les aguardaba, porque los matrimonios de interés no suelen ser siempre los mejores avenidos.

Pero en honor del segundo marido, el niño no fué inscrito en la pila del bautismo con el nombre de Norberto, sino con el de Nazario, Venancio, Saturnino (el santo cuya festividad celebraba la iglesia el día del nacimiento), etcétera—. Y un mes justo después del bautizo se celebró el matrimonio en la iglesia de San Isidro, de Nazario Fernández y Gutiérrez, soltero, de veinticinco años, comerciante, con doña Venancia Romero y Sáinz, viuda, de treinta y tres años, y de profesión *labores propias de su sexo*. Un cura cualquiera de aquella parroquia les echó la bendición a tiempo que ellos inclinaban la cabeza para recibirla más contritos.

Habían asistido doña Dolores y don Francisco a la boda en calidad de padrinos.

¡Dios de Dios! ¡El gozo de la madre al ver cumplida la aspiración de que su hijo predilecto.

Y se decía interiormente, dirigiéndose a su marido, del cual, por primera vez en la vida, comenzaba a dudar ahora...

—¡Anda, llámalo bruto; con más de quince mil duros que tiene de capital! ¡Dí también que es el menos simpático de todos sus hermanos, y luego a ver cómo te las arreglas para que, siendo tan poco simpático, haya podido enamorarse a esa mujer de tan hermosas carnes y de tanto dinero!

Don Francisco no estaba muy seguro de lo que veía. Dudaba del testimonio de su inteligencia y del de sus propios sentidos, y ni aun por la intervención milagrosa del Santo Patriarca se explicaba la transformación súbita de Nazario, aquel modo de volar, las alturas a que se había remontado.

—Supongo—, decía Venancia—, que ya les habrá contado a ustedes Nazario cuáles son nuestras cuentas. Vamos a traspasar la tienda, y a dedicar después nuestro dinero a hacer operaciones de crédito. Dice Nazario que se gana con eso el ciento por ciento de interés, y aún más todavía... Yo he pensado en lo del traspaso, porque creo que no sienta bien a la salud de Nazario la vida sin actividad que hace, y que concluiría por quebrantarse su salud de vivir a la sombra, y de no mover las piernas como todos los hombres que no pertenecen al comercio hacen...

Interrumpió Nazario:

—Y esperamos un año, dos, tres, lo que sea preciso, hasta que se presente alguien que nos ofrezca las trescientas doce onzas, cinco mil duros justos, que necesitamos para establecernos.

—¡No vamos a tirar por la ventana dos mil duros de una mano a otra—, afirmó la recién *recasada*—, porque esos señores con los que hasta ahora nos hemos entendido no tengan otro medio más regular de vida que el de levantarse por la mañana para ver la ganga que cae durante el día!

Tuvo aquí don Francisco, que, como su mujer, creía asistir, oyendo hablar de tantos miles de dinero, al palacio encantado de un mago donde se removieran a paletadas las onzas de oro y las monedas de cinco duros, una espléndida ocurrencia. ¿Por qué no habían de vivir juntos en la misma casa?

En voz alta y con tono indiferente lo expresó así, como lo había pensado.

Y entonces, ¡cosa horrible! se levantó allí mismo, entre el padre y el hijo, como una montaña de nieve que les helara los corazones y les impidiera verse. Conoció el hijo la voluntad interesada del padre en la proposición que acababa de hacerles, y no satisfecho con decir *¡No!* se levantó para negar con más imperio todavía.

—No es posible eso que usted nos propone. No es posible, porque yo quiero entenderme con mis parroquianos en mi casa y no en la de nadie.

Interrumpió don Francisco, ya completamente humanizado por fuera:

—Pero tonto, ¿mi casa no es tuya y de Venancia al mismo tiempo que mía? ¿Quién te dice que en ella no has de gozar de la más completa independencia?

Pero Nazario insistió negando con su terquedad inquebrantable de bruto:

—No, no, no me conviene; de ninguna manera.

Pero como advirtiera en el ceño adusto de su padre y en el aire compungido de doña Dolores, que quizás hubiera ido demasiado lejos con sus palabras..

—En fin, como comprenderá usted, esto no es un asunto para ser tratado tan a la ligera.

No ocurrieron otros incidentes en el día de la boda. Por la noche hubo dulces y algunas botellas de vino para que los dependientes pudieran beber a la salud de los recién casados.

Y al encontrarse solos, ya muy avanzada la noche, en el fondo de la alcoba conyugal profusamente adornada de flores de trapo y de colgaduras de encaje barato, cambiaron irresistiblemente, sin que se dieran cuenta de la impresión, una larga mirada, en la que no se leía el amor, sino la desconfianza, y así como una desesperada pregunta al porvenir, formulada con todas las vaguedades de la inconsciencia.

Se besaron después automáticamente, y sentados al borde de la cama, comenzaron a hablar de sus asuntos.

—¿Que te parece mi padre con la proposición que se descuelga a última hora?

III

Todo el mundo continuaba su marcha ascensional hacia la vida y hacia la muerte, sin que nada pudiera escaparse al exacto cumplimiento de su destino. Nació un niño robusto, casi bello, enteramente viable, de los acoplamientos animales de Venancia y de Nazario, y aquella flor de adulterio provocaba éxtasis en cuantos la miraban, de lozana y de pura. Surgía la vida de todos los sitios en que hubiera organismos hembras—hasta de las cloacas, hasta de los hospitales y de los presidios, y mientras tanto, a los que le había llegado su vez, morían. Lolita se moría también, ofreciendo el caso maravilloso de morir sin haber vivido.

La cesantía de don Francisco había sido una catástrofe, un hundimiento, y allí fueron, envueltas entre los escombros, algunas ideas y muchas preocupaciones que antes del hundimiento formaban invariablemente parte de las construcciones de vida del beato.

Evaristo se encontró de pronto en ese mundo de ruinas, y supo aprovecharlo admirablemente para volar por los grandes espacios azules que su imaginación le prometía.

Hizo un hecho mecánico. Voló. Y cuando se hubo saturado de Madrid, cuando hubo recorrido la ciudad en todas direcciones, abatió el vuelo, no sobre una eminencia, expuesto a todas las miradas y a todos los vientos, sino sobre la primer hondonada que le ofrecía abrigo.

Se dedicó a la holganza, a la atmósfera densa de los cafés.

Se le había negado todo: la libertad, y hasta el movimiento, y hasta la vida, y quiso tenerlo todo de una vez con esa insaciable voracidad con que lamontonan arbitrariedades y licencias, sin llegar al hartazgo nunca, los esclavos nacidos a la dignidad y a la independencia inopinadamente.

Lo pidió y lo tuvo todo de una vez. Su voluptuosidad y su apetito de la vida se tornaron en vicio. Comenzó a degradarse.

Y llegó a no vivir en su casa sino las horas justas de almorzar, de comer y de acostarse; eso, bien entendido, cuando había algo que llevarse a la boca, no siempre...

Pasaba el día en el entresuelo del café de Lisboa, jugando o viendo jugar al punto y la siete y media: la noche en un lóbrego chamizo de la calle de las Minas.

Historia digna de ser contada la de aquellos amores, tanto por lo menos como la de los de Nazario con Venancia.

Ella se llamaba Julia, por otro nombre la *Gallega*, y era por su belleza, por su juventud y por su gracia, la predilecta, la mimada del tugurio en que se pudría; una belleza infernal, una belleza del diablo; y tan claramente como la belleza, se le notaba la perversión apenas se le echaba la vista encima.

Evaristo el amante oficial y reconocido de Julia la *Gallega*. De allí a poco se enamoró de ella perdidamente. Enamorarse, que aquí, en este caso, vale tanto como degradarse. Perdidamente degradado.

En el entresuelo del café de Lisboa había conocido al vividor, al canalla; en el burdel de la calle de las Minas conoció al ladrón.

Y fué el amigo y el camarada de los habituales concurrentes a la casa. Compró una navaja, peinóse hacia adelante, y comenzó a hacer opciones a una plaza de penado en cualquiera de los establecimientos penitenciarios de España o de los presidios menores de Africa.

Se hizo camorrista; maltrataba a su querida algunas veces. Pero las noches que el juego había sido dadivoso, la regalaba con pasteles y aguardiente.

* * *

Una noche se presentó Evaristo, como siempre, a la hora de costumbre, mbió un saludo de compañerismo con los otros chulos del chamizo, y pre-

guntó por Julia, extrañado de no haberla visto en el portal, ni verla tampoco ahora en el comedor de la casa.

Le respondieron a la vez las tres o cuatro mujeres que en el comedor estaban, atropelladamente, quitándose unas a otras la palabra de la boca.

—Está en la Prevención de al lado.

—La han cogido por salir antes de la hora.

—No llevaba la cartilla consigo.

Aguardó a que saliera, pacientemente, jugando una botella de vino al *mus* con los otros hombres de la casa.

No suelen ser muy largas las detenciones que sufren las mujeres en la Prevención por causa tan insignificante como la de haber salido a la calle antes de la hora. Pero cuando dieron las doce, y las doce y media, y la una, comen-
zó a alarmarse.

E incorporándose de pronto en el asiento que ocupaba, poniéndose de pie...

—Voy a buscarla—dijo.

Entonces el ama se creyó obligada a intervenir.

—Sería gastar el tiempo en balde. La *Gallega* no está en la Prevención.

Experimentó Evaristo un sacudimiento doloroso en las entrañas.

—¿Pero en dónde, en dónde está que no quieren ustedes decírmelo?

Y cambiando de tono, con voz sombría:

—¿Es tal vez que le ha pasado algo malo y por eso me lo ocultan ustedes?

—Pues nada, que te quedas sin mujer por tres o cuatro días. Que unos chicos amigos se la han llevado de *juerga* al campo, o yo no sé dónde, por Guadalupe a por ahí, y que no estará de vuelta hasta que pasen unos días.

Sintió que el corazón se le encogía, que se le nublaba la vista, que le faltaban las fuerzas para seguir de pie e interpellando. Notó como los efectos de una puñalada. Y conteniéndose la herida con las dos manos, dominando esa especie de hemorragia interna que a las veces originan los desengaños cuando son aprendidos súbitamente, con voz que estaba formada de llanto y amenaza...

—Me ha engañado. Es la primera vez que me engaña una mujer como esa. Yo les juro a ustedes que sabré vengarme. Por mi libertad que tendrá que sentirlo.

Mientras tanto, Paquita, se moría ^{***} por haber sido buena, en pago de heroísmo, sobre su lecho sin colchones, y moría sin ácidos, sin toques, *sin boticas*, abandonada completamente a la fuerza medicatriz de su naturaleza tísica, por la incurable ceguera de aquellos padres rutinarios.

Se moría sin haber conocido el placer, ni los placeres, ni la vida. Tan absurdamente como se muere un niño, porque cabe preguntar del niño y de Lolita; pero entonces, ¿para qué han nacido?

Una noche entró Evaristo precipitadamente en su casa. Tan temprano era que su madre se alarmó, creyendo que le había pasado alguna desgracia—¿Qué tienes? ¿Vienes malo?—pero no, no era nada; es que en la calle se aburría y venía a acostarse—. Y tú, cómo estás?—le dijo a su hermana con el acento más natural que pudo—. Pero estaba jadeante, como un hombre que viniera de correr hasta quedar rendido. Y con los vestidos desgarrados, como si acabara de sostener una lucha—. ¡Ah! sí, tú estás malo, a ti te ha pasado algo. Mira como vienes.

Se miró, en efecto, y el espectáculo de su estado y el descubrimiento de una mancha de sangre en uno de los puños de la camisa, lo derribó sobre una silla con la violencia de un testarazo en la nuca. Pero no hay que apurarse. Ni viene herido ni ha herido a nadie. Es simplemente que ha servido de mediador entre dos hombres que estaban peleándose. Y ha huido después para que la curia no lo maree con declaraciones. Por eso está fatigado.

Se hizo un silencio. Paquita miraba a su hermano con unos ojos abiertos que daba horror...

—¿Y papá?—interrogó Evaristo con indiferencia.

Sonó con impetu la campanilla de la puerta.

—En el comedor, rezando. Pero, ¿quién llamará a estas horas?

Ya no fué dueño de contenerse más tiempo; intensamente pálido, las facciones desencajadas, la boca seca, manchada por una especie de pasta blanca en la comisura de los labios...

—Vienen por mí y es inútil que lo oculte por más tiempo. Acabo de matar a un hombre.

Quiso meterse debajo de la cama de su hermana. Pero en aquel momento entraba su padre en la habitación seguido de dos guardias que preguntaban por Evaristo Fernández, y daban las señas del desventurado, llamándole asesino.

Mientras que el padre, con una expresión de gozo satánico en la mirada y en la palabra...

—¡Oh! sí, sí, no vienen ustedes equivocados. Aquí os lo entrego.

Y cogiendo a su hijo por un brazo, lo abandonó a las brutalidades de aquella extravagante justicia que usaba sable y revolver como agitándose en un mundo poblado de asesinos.

—Es mi hijo, pero también reniego de él como renegué de su hermana. Aquí os lo entrego.

No opuso ninguna resistencia el joven a ser prendido. O rencoroso o estúpido, salió de aquella habitación, en que dejaba a una hermana moribunda, sin despedirse de ella ni de su madre, y ya en el corredor ofreció él mismo sus brazos a los guardias para que se los ataran. Y viendo como el padre quería prolongar su gozo inonstruoso hasta la misma puerta, se paró un instante, y mirándolo con saña, con expresión de espantoso odio a la cara...

—¡Infame! ¡Judás! ¡Judás no era el padre de Jesucristo!

Se levantó el cuello de la cazadora como si le entrara frío, y con la voz temblando...

—Señores, estoy a vuestras órdenes.

Bajó con paso firme la escalera, y ya en la calle, se lo tragó la sombra hasta ocultarlo por completo.

Fué el hundimiento en la sombra de que hablan los libros de devoción—. Al otro lado de la ley escrita, está el infierno.

La niña se muere, la niña se muere irremisiblemente antes de que sea de noche. Va a descansar—. ¡Ah! ¡Por fin!

Pero se va del mundo como arrojada, como expulsada; y el incidente doloroso de la vispera, aquella tétrica confesión de su hermano: «madre, yo he matado, yo soy un asesino»... y la vileza inconcebible del padre entregando al hijo de su carne y de sus huesos a los seides de la autoridad sin intentar si quiera defenderlo con todo su cuerpo.

Le sobrevino un síncope cuando sintió que se llevaban a su hermano. Volvió de él, pero para caer en otro.

Y sólo entonces, a presencia de la misma muerte, fué cuando el padre se decidió a llamar a un médico.

Al médico de la Casa de Socorro. De un momento a otro se le podía que dar a la madre la niña entre las manos, y él ya sabía que suelen molestar mucho los Juzgados cuando los enfermos se mueren sin certificado facultativo.

No tuvo necesidad el médico de interrogar a la enferma, de reconocerla para formular desde el primer instante un diagnóstico cerrado. Había tuberculosis pulmonar complicada con hipertrofia del corazón. Lo llamaban para que prestara auxilios en la agonía del tercer periodo. La muerte.

Tratamiento facultativo, ¿para qué? ¿Ha averiguado nadie el medio de hacer revivir al cadáver?

Pero como la madre le pidiera por caridad al médico que recetara a la mo

abunda algo que le permitiera morir mejor, que no fuera la muerte por asfixia, que es lo que estaba indicado, el médico prescribió las inhalaciones de éozoe como lo más conveniente para ese objeto...

—No morirá ahogada, cuando menos—fueron sus palabras.

Don Francisco estaba abatido, con la cabeza oculta entre las manos; doña Dolores, sobreponiéndose a su intensísima pena, se veía forzada a hacer de padre y de madre al mismo tiempo, a transformarse en el ser más fuerte, a ser el varón en aquellas circunstancias.

Preguntó con timidez, dominando su emoción:

—¿Muy caras?

—¿Las inhalaciones?

—Sí; lo que le ha recetado usted a la niña.

Entonces el médico, con verdadera brutalidad (el aspecto de sordidez de aquella alcoba le quitaba el derecho de ser un bruto)...

—Muy caras. Sólo el aparato les ha de costar a ustedes doce duros, cuanto menos.

Levantó don Francisco la cabeza como animado por una gran determinación repentina.

Y dirigiéndose al médico:

—¿Usted está seguro de que con esas inhalaciones no se morirá mi hija ahogada?

Tuvo por respuesta:

—Soy médico, señor. Vivo de tener esa clase de seguridades.

Entonces se dirigió a su mujer:

—Tú te encargas de que la portera vaya a encargar Su Divina Majestad a la iglesia de la Encarnación. Yo voy a buscar treinta duros para que mi hija se ahogue.

Y se lanzó a la calle sin despedirse de nadie.

V

Echó a correr precipitadamente calle arriba con el mismo atolondramiento vertiginoso de un animal perseguido.

¿A dónde ir?

Se hizo esta pregunta con verdadera angustia. Y como contestación, después de haber hecho desfilar ante sus ojos los pocos hombres a quienes para lesignarlos de alguna manera llamaba amigos, y de analizarlos uno a uno con rabajo escrupuloso de lente, formuló esta conclusión:

¡Ni uno sólo vendría en mi ayuda!

Entonces, como último recurso, pensó en sus hijos,

—¿Nazario? ¿Paquito?

Y después de unos momentos de reflexión:

—¡Ah, no! ninguno de los dos, ni el uno ni el otro; ninguno de los dos es capaz de venir en mi ayuda; los dos me dejarían morir...

Era horrible formular semejante acusación, pero tenía pruebas, pruebas irrefutables, para pensar de aquella manera, para creer en semejante infamia...

Llevaba en la mano y estrujaba moquinalmente la receta que extendiera poco antes el médico de la Casa de Socorro; aquel papel que significaba—al menos él lo creía así, en su fe bárbara de hombre desesperado—, aquel papel que significaba la vida de su hija.

—Le entregaré la receta a Nazario, y así verá que no le molesto por mí, sino por su desgraciada hermana.

Apresuró el paso; era preciso llevar cuanto antes a Paquita—así lo había mandado el médico—aquella medicina. Si no, corría el riesgo de encontrar a su hija muerta cuando regresase a su casa.

—¡Dios mío, lo que me reservabas para la vejez!

Sintió crecer su angustia; quitóse el sombrero y se pasó la mano por la frente inundada de sudor.

—Creo que voy a ponerme malo.

Entonces su egoísmo reapareció potente. No era práctico exagerar el dolor de aquella manera, porque en resumidas cuentas no se alcanzaba nada. ¿Acaso su hija volvería a la vida, recobraría la salud por mucho que él llorase? Ciertamente que no. ¡Pues entonces!...

Y pensó que si Paquita se moría, era porque Dios lo habría dispuesto así, y que era una insensatez no acatar resignado la voluntad del Señor...

Luchaban en su cerebro a brazo partido, con tenacidad de bestias, sus movimientos de beato, de hombre católico, y el amor a su hija. ¡Dos poderosos sentimientos!

—Sí, Dios mío; pero a pesar de tu voluntad, para mí siempre tan sagrada, yo no quiero que Paquita, yo no quiero que mi hija se muera... ¡Ah!, Señor, tened piedad, tened compasión de mí!...

Pero pronto su entereza vino a tierra, y el hombre fué anulado nuevamente por el beato.

—¡Sea lo que Dios quiera!

Y creyéndose poco menos que en pecado mortal por haber antepuesto en un momento de desvario su voluntad, el deseo de que su hija no muriese, a la voluntad y el deseo de Dios, que sin duda alguna había dispuesto lo contrario, se persigió devotamente mientras sus labios murmuraban una oración.

Tuvo tentaciones de volver pies atrás y encaminarse a su casa. Pero temía la cólera de su mujer, temía que ésta se sintiese alguna vez madre.

Si se cruzaba de brazos y se encogía de hombros ante la catástrofe, sería arrollado por ella. Era necesario luchar a brazo partido con la enfermedad, con la muerte, hasta lograr tumbar a ambas en el suelo y conseguir la victoria... ¡Iría a ver a Nazario!

Anduvo rondando como una bestia recelosa por los alrededores de la casa de Nazario, sin atreverse a entrar, sintiendo cómo sus desconfianzas tomaban nuevamente cuerpo en el cerebro. Pero por fin, en un acceso de cólera, se decidió, considerando que eran estúpidos sus temores de ser mal recibido, de que su hijo le pusiese mala cara...

Sintió crujir la escalera que ponía en comunicación la tienda con el tabuco que ocupaban Nazario y su mujer; sintió la voz de éste...

—Ahí está... ¡Valor!

Se puso en pie; se desabrochó el gabán; creía ahogarse.

—¡Ah!—¿es usted?—exclamó Nazario.

Y se saludaron los dos friamente, con un apretón de mano, mirándose a la cara con fijeza, estudiándose...

Don Francisco comprendió que había llegado la hora de entrar en batalla.

Paquita continuaba enferma... Venía a eso, a avisarte que tu hermana se muere, que está desahuciada por el médico...

Nazario le escuchó impasible, aunque en realidad algo irritado, porque, ¿a qué venía darle esa noticia? ¿A qué darle cuenta de un suceso tan poco agradable?

—¡Bah! ¡Exageraciones!

—No; no lo creas—, insistió don Francisco en tono quejumbón—, está muy mala. Si la vieras... no es ni sombra de lo que ha sido... ¡aquella mujerona! Y su madre, y yo, todos estamos enfermos; porque calcula, porque considera nuestra situación; sin dinero, sin recursos de ninguna especie, sin una prenda que llevar a la casa de préstamos para atender con su importe a las necesidades de la casa y a las necesidades de la enferma, tan apremiantes unas y otras... Yo no sé qué me voy a hacer, porque mira, yo ya soy un viejo, tengo cerca de setenta años, y un hombre de mi edad no sirve para nada... Ya no tengo ni energías ni fuerzas para la lucha de la vida; soy un combatiente ridículo, un combatiente sin sangre ni músculos.

Y dulcificando su voz de viejo marrullero, con expresión hipócrita de mansedumbre en el rostro:

—¡Dios mío, que sería de mí, si no contase con la ayuda de mis hijos!

Y como Nazario le escuchase distraído, sin dignarse contestarle:

—Mira: aquí tengo la última receta del médico... ¡La pobre enferma aún está esperando la medicina.

Alargó el papel a su hijo. Pero Nazario continuó con las manos metidas en los bolsillos, indiferente a la actitud del padre.

—Esta medicina—, continuó el mismo—, significa la vida de tu hermana, y mira si soy desgraciado, que no puedo llevársela, que no puedo dar nuevamente vida a mi hija... Y luego, si yo fuese un hombre como lo son otros, uno de esos hombres que no se preocupan de nada... Pero yo no; yo sé cuáles son mis deberes, y trato de cumplirlos... Yo no puedo presentar mi dimisión de padre; yo no puedo desprenderme de mi paternidad, y tirarla a la calle como si fuese un harapo... yo no puedo hacer lo que hacen otros...

Se levantó maquinalmente de la silla, y recorrió a grandes pasos la tienda, volviendo a sentarse después automáticamente para continuar su interrumpida oración.

—¡Ah, y si vieras!... Hemos llegado a las últimas—, permíteme que insista en esto—, no tenemos ni una prenda, ni un mueble que empeñar. Y no sólo eso, no es sólo que la enferma padece hambre y que se muere abandonada, sin medicinas y sin médico, es que está expuesta a sucumbir en el arroyo porque estamos echados de la casa, porque dentro de poco no tendremos más vivienda que la calle...

! Daba horror oírlo; daba horror ver con qué facilidad salía de su boca la queja, con qué facilidad y con qué abundancia.

Y para resolver esta situación desesperada; para dar pan y medicinas al enfermo; para continuar prestándole albergue yo no cuento más que con vosotros, con ustedes dos, contigo y con Paquito... Porque yo ya no sirvo para nada, como te he dicho anteriormente; harto he trabajado en mi sesenta y ocho años hasta ponerlos en disposición de que os podáis ganar la vida... ¡Yo no sirvo ya para nada!

Y abatió su cabeza cana, y extendió sus manos temblorosas hacia Nazario.

—¡Pero ustedes, hijos míos, vendrán en ayuda de este pobre viejo!

¿A qué insistir más? ¿No estaba suficientemente hecho el proceso de sus desgracias? ¡Pero, Dios mío, es que Nazario continúa impassible en su silla, con las piernas extendidas, sin comoverse, sin hablar palabra, exactamente igual que si no hubiese oído la larga queja de su padre!

Entonces don Francisco se levantó de su asiento, y encarándose brutalmente con su hijo, agarrándole por los brazos:

—¿No me contestas?

También se levantó Nazario, también miró a su padre resueltamente.

—¿Y qué quiere usted que le diga?

—¡Pero entonces—, exclamó con tono indefinible don Francisco—, es que no me has escuchado, es que no me has oído que tu hermana!...

Nazario le interrumpió:

—Lo he oído todo, pero es que yo no tengo el deber de atender a las necesidades de mi hermana, mientras ésta tenga padre... es que yo también tengo obligaciones; es que yo también tengo familia...

Soltóle el padre de los brazos y lo empujó brutalmente, sin proferir palabra. Luego, dirigióse resueltamente a la puerta, erguido, derecho, sublimado y rejuvenecido por la indignación:

—Es que no ofrezco suficientes garantías para que me hagas un préstamo? Nazario no le contestó, apretando fuertemente los puños.

Entonces don Francisco soltó el picaporte de la puerta, y encarándose nuevamente con su hijo:

—¡Usurero!

Nazario, muy pálido, adelantóse hacia su padre en actitud resuelta.

—No me provoque usted; no olvide usted que está en mi casa.

Pero don Francisco se echó a reír.

—¡Canalla!

Y sintiendo que su cólera y sus energías se agotaban, dirigióse de nuevo a la puerta, lanzando a su hijo una última mirada de desprecio.

—Canalla!

Y cerró violentamente la puerta tras de sí, haciendo saltar los cristales, furioso y avergonzado, con la sangre agolpada a la cabeza, próximo a la convulsión.

Ya en la calle, se sintió más sereno. Maquinalmente quitóse el sombrero; tenía necesidad de refrescar su cabeza. Y cuando estuvo calmado, calmado en lo posible; cuando advirtió que la excitación de sus nervios iba disminuyendo, y ya razonaba, ya podía juzgar sin apasionamiento y sin cólera la conducta de su hijo, formuló esta acusación:

—¡Es un miserable!

De pronto, en su agitado cerebro fijóse una idea que poco a poco fué tomando cuerpo, hasta llegar a constituir su único pensamiento.

—Una vez echada la suerte, es estúpido retroceder—, se dijo—. Probemos fortuna de nuevo; Paquito no es como Nazario; Paquito me atenderá, ¡Dios mío! porque, ¿cómo me presente en esa casa, después de tantas horas de ausencia, sin llevar algún dinero?

¡Paquito lo atenderá! Sí, porque Paquito era el mejor de sus hijos, sin duda alguna; Paquito era incapaz de proceder de la manera misma que había procedido Nazario... ¡Paquito es un buen hijo!

Iba tan deprisa, que en un momento atravesó la calle de Fuencarral, y se internó en pleno Chamberí; pero, sin embargo aceleró más aún su paso para llegar cuanto antes a la calle donde estaba situado el colegio de Paquito. ¡Sentía furiosa impaciencia por sentir bailar en sus bolsillos las monedas que le había de dar su hijo!

—¿Don Francisco González?

El portero, un hombronazo tan gordo como largo, con cara de lego, le sonrió afablemente.

—¿Es usted persona de su familia?

—Soy su padre.

Dilatóse la sonrisa del portero.

—Por muchos años.

—¿Sabe usted?... y tenía que hablarle de un asunto urgente, de un asunto que no admite demora...

El hombronazo agitó tres veces una campana.

—Bueno, pase usted; se le avisará enseguida. Ya sabe usted, todo seguido, torciendo luego a la derecha. Verá usted un letrado que dice *Locutorio*. Pues allí mismo...

Por fin se encontraba en la sala de recepciones, en aquella vasta pieza donde hacía más frío que en una nevera.

Se bajó el cuello del gabán, y ocultóse los puños que asomaban indiscretamente por las mangas, deshilachados, sucios, pregonando su larga vida...

Se sentó; volvió a levantarse.

—¡Cuánto tarda!

A la escasa luz del farolillo que pendía del techo, intentó ver los lienzos de los cuadros, y estuvo parado largo rato, en actitud contemplativa, ante una hermosa pintura que representaba la cena de los apóstoles, mirándola sin verla, ocupada su retina con la visión de Paquita.

Sintió de pronto el ruido de una puerta que se abría y el de unos pasos quedos que se aproximaban lentamente. Le dió un vuelco el corazón.

—¡Paquito!

Y de pronto apareció en la sala una figura lúgubre, un jovencito alto, pálido, vestido con una sotana negra, que avanza hacia don Francisco, gravemente, con los ojos bajos, en actitud de orar.

—¡Ah! ¿Eres tú, hijo mío?

El hombre negro alzó los ojos y miró a su padre severamente.

—¿A qué ha venido usted?

Comenzó don Francisco su relación tartamudeando, pegada la lengua al paladar, helado por la acogida con que lo recibía su hijo.

—Venía a molestarte... tu hermana está muy mala... no tenemos dinero.

Pero Paquito le interrumpió:

—Siento mucho no tener dinero para dárselo... mi mayor placer consiste en socorrer al prójimo...

Trató don Francisco de insistir en su pretensión.

—Es inútil que continúe usted hablando; ya le he dicho que no puedo hacer nada por usted.

Pronunció estas últimas palabras con acento altanero, acompañadas de un ademán soberbio, como el que contesta a un mendigo inoportuno.

Sonó la campana seis veces seguidas.

Entonces la figura negra dirigióse lentamente a la puerta.

—¡Ah, Dios mío!

Y levantó los puños en lo alto en actitud indefinible de cólera y abatimiento.

VI

Es un lugar maldito del cual refieren los campesinos de los alrededores medrosísimas leyendas. Ha pasado por él Azrael, el ángel de las venganzas orientales, y lo ha sembrado de cal viva para que la vista quede desolada y no fructifique el grano. Han pasado después numerosos escuadrones de brujas montadas en escobas, y han completado la obra rencorosa del ángel malo, tirando puñados de sal, haciendo imposible la vida en aquel rincón de suelo durante eternidades de tiempo. Las furias mitológicas viven en él tan holgadamente como si se agitaran en pleno infierno del paganismo.

No murmuran los arroyos, ni cantan las aves, ni pueden aspirarse allí los olores de la hierba mojada, en ninguna estación del año. Es un lugar de maldición. Al llegar a sus lindes, los caballos se encabritan, negándose a marchar al paso...

Con la vista, colocándose en medio del plano visual, puede abarcarse toda la extensión del fúnebre paisaje. A dos kilómetros de distancia, no es más grande que la palma de la mano. Y resulta de él, como lo más triste, como lo más directamente condenado por la maldición inmensa, como los exclusivos iniciados en el secreto de la colosal tragedia, dos árboles, dos pobres árboles escuetos, levantando grotescamente sus ramas al cielo en actitud de pedir consuelo, sin verdores, sin retoños, sin pájaros y sin hojas, con el tronco negro por la vejez y por el rayo.

Es un lugar lleno de melancolía, que yo no recuerdo nunca sin experimentar hondísima tristeza.

FIN

No se olvide

que la caspa es el mayor enemigo del cabello; hay, pues, que destruirla y evitarla, lo que se consigue fácilmente con el agua **La Flor de Oro**, la que, además, aviva el crecimiento del cabello y le conserva la suavidad y el color naturales. Se vende en las perfumerías y droguerías.

VENTAJAS QUE PROPORCIONA EL CALZADO

I E U R E K A !

Buen humor, por la comodidad.

Economía, por la duración.

Elegancia, por la novedad.

Nicolás María Rivero, 11.-MADRID

La Novela **TEATRAL**

publicará mañana domingo la zarzuela en tres actos,

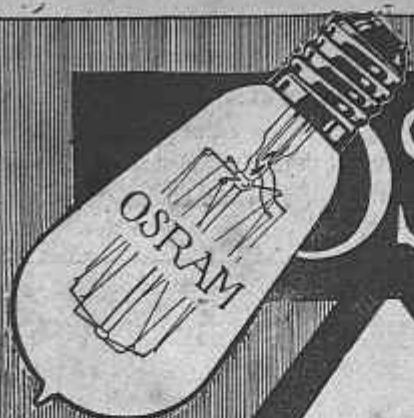
La Tempestad

Miguel Ramos Carrión.

VEINTE cts.

DEPURADOR HIGIÉNICO
ARSO

denal Cisneros, 28.-Madrid



OSRAM

La lámpara

"OSRAM,"

no es la más barata

que se presenta

en el mercado,

pero sí la

mejor.

**CONCESIONARIO
PARA ESPAÑA**

**LEÓN
ORNSTEIN
MADRID
MARIANA PINEDA 5.**

CONCESIONARIO
LEON ORNSTEIN

MARIANA PINEDA 5
MADRID

Oficinas y **Prensa Popular** propietaria de La Novela Cierta, La Novela
Talleres, de Antonio Palomino, núm. 1, y Calve Asensio, núm.